

Raquel Olguín

NINÍ

Ilustraciones de Afra





Un día, aburrida de estar sola, vio cómo jugaban unos chicos en la terraza de enfrente.

Ni lerda ni perezosa escribió una notita: “¿Puedo ser amiga de ustedes?”. La envolvió en una piedra y se las tiró. La piedra cayó justito al lado de uno de los chicos, que la leyó y le hizo señas a Niní para que cruzara.

Ella hizo un gran bollo con sus disfraces y le dijo a la mamá que se iba a jugar con unos amigos nuevos que había conocido.

—Portate bien, Niní, no me hagas quedar mal con los vecinos.

Pero ella nunca hacía quedar mal a la mamá.

—Si es el angelito de mi curazón —hubiera dicho Francisca.

Lo que nacía de sus ojos marrones ya no eran estrellitas, sino estrellas fugaces que cruzaban el cielo por donde Niní actuaba.

Ella llegaba, taconeaba fuerte y la gente se sentaba a su alrededor.

Y el juego empezaba.



Niní llegó a ser una artista única, inmensa.

Actuó en radio, teatro, cine y televisión, por toda América y España. No importaba mucho a qué lugar llegara, la gente se reía igual y Niní era feliz.

Hizo nacer a personajes asombrosos a los que solo ella supo darles vida. Todos vivían en Niní, los sacaba de ese gran bollo de disfraces que, como cuando era nena, le servía para volar iluminada por los techos.

Los personajes de Niní hablaban como los vecinos que toman mate con bizcochitos de grasa en la vereda, no tenían modales muy finos, eran bastante estrafalarios y siempre, siempre andaban metidos en algún lío. ¡Cuánto se reía la gente con ellos!

